

pues de haber ofrecido al Señor unas oraciones puras; y un sacrificio de alabanzas en compañía de los fieles, hayais de ir á arrojar unos venenosos rayos de serpiente contra aquellos á quienes la union de la fé, de la caridad, de los Sacramentos, y aun sus mismos desordenes os debieran hacer mas amables y respetables. *Lingua Christum confessa, non sit maledica, non turbulenta, non convitiis perstrepsens audiatur, non contra fratres, & Dei Sacerdotes post verba laudis serpentis venena jaculetur.*

Quitemos pues á los enemigos de la virtud con la prudencia y moderacion de nuestras conversaciones la ocasion de que blasfemen contra ella. Corrijamos á nuestros proximos mas con la santidad de nuestros exemplos, que con la amargura de nuestras censuras; reprehendamoslos viendo mejor que ellos, y no hablando contra ellos. Hagamos respetable la virtud por su dulzura, y no por su severidad; ganemos á los pecadores compadecendonos de sus faltas, y no censurandolos; no conozcan nuestra virtud sino por nuestra caridad é indulgencia; y movamoslos con nuestro caritativo cuidado en ocultar sus vicios; á que los condenen, y á que ellos se acusen con mas severidad: De este modo ganaremos á nuestros proximos; haremos honor á la piedad; confundiremos la impiedad y el libertinage; quitaremos del mundo aquellos discursos tan comunes y tan injuriosos á la verdadera virtud; y despues de haber sido misericordiosos con nuestros proximos, nos presentaremos con mas confianza al Padre de las misericordias, y al Dios de todo consuelo, pidiendosele para nosotros mismos. Amen.

SER.

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA CUARTA SEMANA

DE QUARESMA.

DE LAS DUDAS ACERCA DE LA
Religion.

Sed hunc scimus unde sit, Christus autem cum venerit, nemo scit unde sit.

Este sabemos de donde viene, pero quando se manifestó Christo, nadie sabrá de donde viene. *Joann. 7. v. 27.*

EL mayor pretexto que la incredulidad de los Judios oponia á la doctrina y al ministerio de Jesus Christo eran ciertas dudas acerca de la verdad de su Mision. Nosotros, decian, sabemos quien sois, y de donde descendeis; pero quando se manifestó el Christo que esperamos, no sabremos de donde viene, y así no tenemos certeza de que seais el Mesias prometido á

nues-

nuestros Padres ; acaso un espíritu engañador está obrando por medio vuestro estos prestigios á nuestra vista , y engañando la credulidad del vulgo ; se han visto ya muchos impostores en Judea , los que decían ser el Gran Profeta que esperamos , que han engañado al pueblo , y por ultimo han recibido el castigo de su impostura ; no tengais , pues , suspensa nuestra alma : *¿ Quousque animam nostram tollis ?* (a). Si quereis que os creamos como á Christo , manifestad que lo sois de un modo que no dexé lugar á la duda y al engaño.

No me atreviera á decirlo aquí , Católicos , si este modo de hablar dudando de la fé no se hubiera hecho tan comun entre nosotros , que ya no es necesario usar de precauciones para impugnarle. Oid , pues , el pretexto casi mas universal que se usa en el mundo para vivir tranquilos en una vida absolutamente pecaminosa. Todo el mundo está hoy lleno de aquellos pecadores que nos dicen sin embarazo que se convertirian si estuvieran ciertos de que era verdad todo lo que les decimos acerca de la religion ; que acaso se acaba todo con esta vida ; que tienen unas dudas y unas dificultades acerca de nuestros mysterios para las que no hallan respuesta que los satisfaga , que realmente todo les parece muy incierto ; y que antes de determinarse á seguir las severas máximas del Evangelio , era menester estar muy asegurados de que nuestro trabajo no se ha de perder.

No es mi intento hoy confundir la incredulidad con las evidentes pruebas que confirman la verdad de la fé christiana ; porque además de que quedan ya establecidas estas reglas en otra parte , es este un asunto muy dilatado para un discurso , y la mayor parte de los oyentes no se hallan con las luces necesarias para comprenderle ; el

(a) Joann. 10. v. 24.

emplear la seriedad de nuestro ministerio en impugnar y combatir las frívolas objeciones de casi todos aquellos sugetos que pasan en el mundo por entendimientos incredulos , sería hacerlas demasiado favor.

Y asi es preciso valernos hoy de un medio mas corto y mas facil. Mi fin , pues , no es el demostrar la evidencia de las pruebas que dan testimonio á la verdad de la fé , sino solamente descubrir la falsedad de la incredulidad ; intento probar hoy que la mayor parte de los que se tienen por incredulos no lo son en la realidad ; que casi todos los pecadores que nos alegan y ponderan continuamente sus dudas , como único obstáculo para su conversion , no dudan en la realidad ; y que entre todos los pretextos de que se valen para no mudar de vida , el de las dudas acerca de la religion , que es hoy el mas comun , es el menos verdadero y el menos sincero.

Desde luego parecerá cosa extraordinaria á los que están persuadidos á que tienen verdaderas dudas acerca de la religion , y que continuamente nos las están oponiendo , el que yo intente probar que no dudan en la realidad ; con todo eso por poco conocimiento que se tenga de los hombres , y por poco que se reflexione acerca del carácter de aquellos principalmente , que se precian de dudar , no hay cosa mas facil que el quedar convencidos de esta verdad ; digo por poco que se reflexione acerca de su carácter , porque en éste siempre se observa el desorden , la ignorancia , y la vanidad , y estas son las tres principales raíces de aquellas dudas que atribuyen á la incredulidad , sin que ésta casi tenga parte en ellas.

Primeramente : el desorden propone estas dudas sin atreverse á creerlas : Primera reflexión.

En segundo lugar : la ignorancia las abraza sin conocerlas : Segunda reflexión.

Finalmente ; la vanidad se precia de ellas sin poder conseguir el que la sirvan de consuelo.

Es decir que la mayor parte de los que se tienen

por incredulos en el mundo, viven tan desordenadamente que quisieran serlo en la realidad: Son demasiado ignorantes para poderlo ser efectivamente; pero tienen bastante vanidad para querer parecerlo: Explicaré estas tres reflexiones, cuyo objeto es tan comun entre nosotros, y confundiré, no la incredulidad, sino el libertinage, manifestandole á sí mismo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

ES necesario, Católicos, conceder desde luego, en medio de que es de gran confusion para nosotros esta verdad, es necesario conceder, vuelvo á decir, que en nuestro siglo y en los de nuestros Padres ha habido verdaderos incredulos; ni es estraño que en la depravacion de costumbres en que vivimos, y en medio de los escandalos que há tanto tiempo que afligen la Iglesia, se hallen algunas veces hombres que no quieran conocer á Dios, y que la fé que en todos está tan debilitada, se haya extinguido absolutamente en algunos. Así como en todos los siglos se ven algunas almas escogidas y extraordinarias, á las que el Señor llena de sus gracias, de sus luces, de sus mas singulares dones, y en las que se agrada de derramar á manos llenas todas las riquezas de su misericordia, tambien se ven almas en quienes se consume la iniquidad, por decirlo así, y parece que las ha señalado el Señor para que se manifiesten en ellas los mas terribles juicios de su justicia, y los mas funestos efectos de su abandono é indignacion.

La Iglesia, pues, en donde todos los escandalos han de crecer hasta el fin, no puede gloriarse de estar absolutamente libre del escandalo de la incredulidad: tiene sus astros que de tiempo en tiempo la iluminan, como sus monstruos que la desfiguran; y entre aquellos grandes hombres, célebres por sus talentos y santidad, que en

ca-

cada siglo la han servido de adorno y defensa, ha visto levantarse tambien una tradicion de hombres impíos, cuyos nombres aún causan horror en el universo, los que con sus escritos, llenos de blasfemias é impiedad, se han atrevido á impugnar los Misterios de Dios, á negar la salvacion, y las santas promesas hechas á nuestros Padres, á trastornar el fundamento de la fé, y á predicar el libertinage entre los fieles.

No quiero decir, Católicos, que entre tantos libertinos como entre nosotros hablan el idioma de la incredulidad, no se halle alguno de espíritu y corazon tan corrompido, y tan abandonado de Dios, que no sea verdaderamente incrédulo; lo que sí intento probar es que son raros estos hombres impíos, que permanecen constantes en la impiedad; y que entre todos aquellos que continuamente nos están ponderando sus dudas y su incredulidad, haciendo de ella una perversa obstentacion, acaso no habrá uno sobre cuyo corazon no conserve aún la fé sus derechos, y que no tema en su interior al Dios á quien publicamente se precia de no querer conocer. Para convencer, pues, á estos falsos incredulos, no siempre hay necesidad de pelear, porque las mas veces se pelea contra unas fantasmas; basta el manifestarlos como son en sí; muy presto desaparece la infame decoracion de la incredulidad con que se adornan, sin que les quede mas que sus pasiones y desórdenes.

Y esta es la primera razon en que fundo la proposicion general, de que la mayor parte de los que se aprecian de dudar, no dudan efectivamente: pues sus dudas nacen de sus desordenes, y no de la incredulidad, ¿y sabeis por qué, Católicos? Porque el desorden es el que ha formado sus dudas, y no sus dudas el desorden; porque actualmente se hallan abandonados á sus pasiones, y no á sus dudas; y finalmente, porque por lo comun solo impugnan aquellas verdades de la religion que se oponen á sus pasiones. Estas son unas reflexiones que me pa-

Y 2

re-

recen dignas de vuestra atencion; os las explicaré sin exornarlas, y segun el orden con que se ofrecen á nuestro entendimiento.

Dixe, en primer lugar, que el desorden ha formado sus dudas, y no sus dudas el desorden. Sí, Católicos, hasta ahora no hemos visto entre esos hombres que se precian de ser tenidos por incredulos, alguno que haya empezado dudando acerca de las verdades de la fé, y que desde las dudas haya caído en los desordenes; todos empiezan por las pasiones, y despues se siguen las dudas; al principio se dexan llevar de los desordenes de la edad, y de los excesos de los infames placeres, y despues de haber andado algun camino, quando les parece imposible volver atrás, se dicen á sí mismos para consolarse, que nada hay que esperar despues de esta vida, ó por lo menos, se alegran de hallar quien se lo diga. No inferen de la poca certeza que hallan en la religion que deben abandonarse á los placeres, y que es inútil el violentarse, porque todo muere con nosotros; sino por el contrario, por haberse abandonado á los placeres nacen en ellos dudas acerca de la religion, y figurandose como imposible el violentarse, inferen que tambien es inútil. Nunca es sospechosa la fé hasta que empieza á servir de incomodidad. Y hasta ahora la incredulidad no ha formado sensuales; pero la sensualidad ha formado casi todos los incredulos.

Y prueba de lo que digo, ; oh vosotros á quienes se dirige este discurso! es, que mientras vivisteis con pudor é inocencia nunca dudasteis de la fé; acordaos de aquel tiempo feliz, quando las pasiones aún no habian inficionado vuestro corazon; quanto os representaba la fé de vuestros padres todo os parecia augusto y respetable; la razon se sometia sin trabajo al yugo de la autoridad; no cuidabais de proponeros dificultades y dudas; pero luego que se mudaron vuestras costumbres, em-
pe-

pezaron tambien á variar las idéas acerca de la religion; luego las nuevas dificultades que se presentan á vuestro entendimiento no provienen de la fé, sino que la práctica de las obligaciones es la que halla nuevos obstáculos en vuestro corazon; y si me decís que aquellas primeras impresiones que se hallaban en vosotros, tan favorables á la fé, provenian de las preocupaciones de la educacion y de la niñez, os respondo que las segundas, tan favorables á la impiedad, no han provenido mas que de las preocupaciones de las pasiones, y del desorden; y que en iguales circunstancias me parece mas seguro seguir las preocupaciones que se han formado en la inocencia, y que nos inclinan á la virtud, que las que han nacido en la enfiama de las pasiones, y que solo nos incitan al libertinage y al pecado.

Y así no hay mayor abatimiento para la incredulidad que el manifestarla su origen; se la atribuye un falso nombre de ciencia y de luz, siendo así que es hija del pecado y de las tinieblas. No es pues la fuerza de la razon la que reduce á este estado á nuestros falsos incredulos, sino la flaqueza de un corazon corrompido, que no pudo vencer sus mas infames inclinaciones; una falta de animo, que no pudiendo sufrir ni mirar con firmeza los terrores y amenazas de la religion, procura deslumbrarse, diciendose continuamente que son unos temores pueriles; semejantes á un hombre que amedrentado con los horrores de la noche canta quando camina solo por entre sus tinieblas, para animarse á sí mismo; el desorden siempre nos hace cobardes y tímidos; y el excesivo temor á las eternas penas es el que hace que los libertinos nos persuadan y repitan continuamente, que estas penas son dudosas; tiemblan y quieren animarse á sí mismos; no pueden sufrir á un mismo tiempo la vista de sus delitos, y la del castigo que los espera. Esta fé tan venerable, y de la que hablan con tanto desprecio, los asusta y amedrenta aun mas que
á

á otros pecadores, que aunque no dudan de sus castigos, con todo eso no dexan de ser infieles á sus preceptos. Son unos cobardes, que ocultan su miedo baxo una falsa ostentacion de valentía. No, Católicos, nuestros falsos incredulos se precian de hombres animosos, pero exâminadlos bien, y hallareis que son los mas cobardes de todos los hombres.

Por otra parte, no es extraño el que el desorden nos conduzca á dudar acerca de la religion; necesitamos llamar á la incredulidad en socorro de las pasiones, porque estas tan demasiado débiles é injustas para poderse mantener por sí mismas: Nuestras luces, nuestros pensamientos, nuestra conciencia, todo lo está impugando en nuestro interior; y así es necesario buscar algun apoyo, y defenderlas contra nosotros mismos, porque todos gustamos de tener por lícito lo que nos agrada. No queremos que unas pasiones á quienes amamos sean culpables, ni tener que estar continuamente defendiendo los intereses de sus deleytes contra los de la conciencia; queremos gozar tranquilamente de sus delitos, y librarnos del importuno censor que siempre está defendiendo en nuestro interior la virtud contra nosotros mismos. Mientras que los remordimientos nos disputan el deleyte de las pasiones, no gozamos perfectamente de ellas. Es comprar muy cara la culpa, el haberla de comprar á costa del mismo sosiego que en ella se busca; es preciso, ó poner fin á nuestros desordenes, ó procurar vivir con tranquilidad en ellos; y como el poner fin á los desordenes nos costaría mucho trabajo, y por otra parte no podemos hallar tranquilidad sino dudando de las verdades que nos asustan, inmediatamente nos las proponemos como dudosas; y para lograr el vivir tranquilos procuramos persuadirnos que somos incredulos.

Es decir que los mayores esfuerzos del desorden consisten en un estado en que deseamos ser incredulos; quisie-

sieramos poder llegar á la funesta seguridad de la incredulidad; miramos el estado de obstinacion absoluta como un estado feliz; nos pesa haber nacido con una conciencia flaca y tímida; envidiamos la suerte de aquellos que tenemos por firmes é inmutables en la impiedad; los que acaso tambien, entregados interiormente á los mas tristes remordimientos, y preciandose de una firmeza que no tienen, miran con envidia nuestra suerte, porque juzgando de nosotros por las conversaciones de libertinage que nos oyen hablar, hacen de nosotros el mismo juicio que nosotros de ellos; esto es, nos tienen por lo que no somos, y por lo que tanto unos como otros quisieramos ser. Y de este modo, ¡oh Dios mio! estos falsos Héroses de la impiedad viven en una ilusion continua, engañandose siempre á sí mismos, pareciendo lo que no son, solamente porque desean serlo; quisieran que la religion fuese un sueño; dicen en su corazon que no hay Dios; *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.* (a) Esto es, explican con este impio language el deseo de su corazon, y quisieran que no hubiera Dios; que aquel ser tan grande y tan necesario fuese una quimera; quisieran ser ellos solos árbítritos de su destino; quisieran ser responsables á sí mismos solamente de los horrores de su vida, y de la indignidad de sus pasiones; que todo se acabara con ellos; y que no hubiera mas allá del sepulcro un Juez supremo y eterno, vengador del vicio, y remunerador de la virtud; lo desean, y le aniquilan en quanto les es posible con los impíos deseos de su corazon; pero no pueden borrar de lo íntimo de su alma la idea de su poder, y el temor de su justicia: *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.*

Y á la verdad, sería vileza é infamia para un hombre vano y sepultado en el desorden el decirse á sí mis-

(a) *Psalm. 13. v. 1.*

mismo: yo aún soy demasiado flaco, y estoy demasiado abandonado á los placeres, para salir de ellos y hacer una vida mas regular y mas christiana. Este pretexto dexaria aún en su conciencia todos sus remordimientos; mas cuenta le tiene el decirse: es cosa muy inutil el vivir mejor, porque nada hay que esperar despues de esta vida. Este pretexto es mucho mas cómodo, porque con él todo se acaba; es el mas favorable á la pereza porque nos aparta de los Sacramentos, y de las demas obligaciones de la religion. Mas facil es decirse á sí mismo que nada hay que esperar despues de esta vida, y vivir como si en la realidad lo creyese-mos así; esto es sacudir de una vez el yugo; y librarse de todos los temores; esto es acabar con todos los molestos respetos que otra especie de pecadores suelen guardar aún con la religion y la conciencia. Este pretexto de incredulidad, persuadiendonos á que efectivamente dudamos, nos pone en cierto estado de indiferencia en orden á todo lo que mira á la salvacion, que nos impide el que nos conozcamos á nosotros mismos, y que hagamos reflexiones tristes acerca de nuestras pasiones; nos dexamos torpemente llevar de la fatal corriente que nos arrastra en orden á la general preocupacion de que nada creemos; tenemos pocos remordimientos, porque nos tenemos por incredulos, y porque esta falsa creencia induce en nosotros casi la misma seguridad que la impiedad verdadera, á lo menos es una especie de diversion que adormece y suspende la sensibilidad de la conciencia, y haciendo que nos tengamos por lo que no somos en la realidad, nos hace vivir como si verdaderamente fuesemos lo que deseamos ser.

Es decir que debemos mirar á la mayor parte de estos falsos incredulos, á quienes hace tales el exceso y el libertinage, como una especie de hombres flacos, disolutos y distrahdidos, que no teniendo valor ni para vivir christianamente, ni para ser impíos, permanecen en

este

este estado de independenciam de la religion, como el mas proporcionado á su pereza, y como no hacen diligencia alguna para salir de él, se persuaden á que efectivamente son incredulos. Esta es una especie de neutralidad entre la fé y la irreligion, á que se acomoda la indiferencia; porque para seguir uno de los dos partidos es necesario usar de algun movimiento, y para permanecer neutrales basta no pensar en cosa alguna, y dexarse llevar de sus costumbres. De este modo, ni se examinan, ni deciden jamás de sí mismos. La impiedad constante y declarada tiene un no sé qué, que horroriza; por otra parte, la religion presenta unos objetos que asustan, y no se acomodan con las pasiones. ¿Pues qué remedio entre estos dos extremos, de los cuales el uno se opone á la razon, y el otro á los sentidos? permanecer indeciso é irresoluto; en este estado se goza de la calma que dexa la indiferencia, vivimos sin querer saber lo que somos, porque nos acomoda mas el no ser cosa alguna, y vivir sin pensar, y sin conocernos. No, Católicos, vuelvo á repetir, estos no son incredulos, sino unos hombres cobardes, que no tienen valor para seguir uno de los dos partidos; que viven sensualmente, sin regla, sin moral, y aun muchas veces sin respeto al mundo; y que sin ser impíos, viven con todo eso sin religion, porque ésta pide consecuencia en el obrar, razon, elevacion, firmeza, y altos pensamientos, y de todo esto son incapaces. Estos son los Heroes de que se precia la impiedad; estos los votos que la defienden, y los que opone á la religion quando nos insulta; estos sus partidarios, con los que se tiene por invencible; muy debiles y miserables deben ser sus recursos, pues se halla reducida á buscarlos en semejantes hombres.

Y esta es la primera razon con que se prueba que no son las dudas acerca de la fé las que precipitan en el desorden, sino que el desorden es el que precipita en

Tomo V.

Z

las

las dudas: La segunda razon se reduce á una confirmacion de la primera, y consiste en que si actualmente no mudamos de vida, no es porque nos detengan las dudas, sino porque no nos lo permiten las pasiones.

Católicos, que continuamente nos estais alegando vuestras dudas acerca de nuestros misterios, no os pido mas de que me escuchéis de buena fé; quando alguna vez pensais en salir de ese abismo de vicios y desordenes en que vivís, y quando estando menos desordenadas las pasiones os permiten que hagais alguna reflexion sobre vosotros mismos, ¿os oponéis entonces vuestras dudas acerca de la religion? Os decís: ¿Si me convierto me ha de ser preciso creer unas cosas que parecen increíbles? ¿Es esa acaso la mayor dificultad? No por cierto; lo que decís en vuestro interior es; si me convierto será preciso acabar con tal conexion, privarme de tales excesos, separarme de tales compañías, no concurrir á tales lugares, tomar unas resoluciones en que no podré perseverar, y seguir un método de vida que repugna á todas mis inclinaciones. Esto es lo que os detiene, este es el muro de separacion que os aparta de Dios. Ahora bien, supuesto que ponderais tanto á otros vuestras dudas, ¿por qué en este caso no contais con ellas? No os detiene la razon ni la creencia, sino los desordenes de vuestro corazón; y el que dilateis vuestra conversion no nace de vuestra incertidumbre en punto de fé, sino de la duda en que os dexa la violencia y el imperio de vuestras pasiones de si podreis sacudir el yugo de su servidumbre y de su infamia: estas son, Católicos, las verdaderas cadenas con que nuestros falsos incredulos están ligados á sus propias miserias.

Confirmase esta verdad con que la mayor parte de aquellos hombres, que pasan plaza de incredulos, viven no obstante en unas continuas variedades aun acerca del punto de la incredulidad: En algunas ocasiones los mueven las verdades de la religion; se sienten agitados de

vivos remordimientos, buscan hombres doctos, acreditados, y siervos de Dios para conversar con ellos, é instruirse; otras veces se burlan de estas verdades, tratan con desprecio á los siervos de Dios, y aún tienen á la piedad por quimera; no hay pecador, aún entre aquellos que mas se precian de su incredulidad, á quien una muerte repentina, un accidente funesto, una perdida sensible, un rebés de la fortuna, una desgracia ruidosa, no haya movido á hacer tristes reflexiones acerca de su estado, y á desear vivir mas christianamente; tampoco hay pecador de los de esta especie que en este estado de afliccion no busque á los justos para consolarse con ellos, y que no dé algun paso que haga concebir alguna esperanza de entendida; no recurren entonces, para consolarse, á sus compañeros en la impiedad y libertinage; no busean el alivio de sus penas en aquella infame Filosofía que se burla impiamente de nuestros Misterios; solo usan de estas conversaciones en el tiempo de sus alegrías y desordenes, pero no en el del dolor y la afliccion; esta es la religion de los banquetes, de los deleytes, y de los excesos, pero no de los contratiempos y tristezas; y así pierden el gusto de la impiedad quando pierden el de los deleytes; pues si su incredulidad estuviera fundada sobre verdaderas dudas acerca de la religion, mientras subsistieran estas seria siempre la misma su incredulidad; pero como sus dudas nacen solamente de sus pasiones, y estas no siempre son las mismas, ni están siempre igualmente vivas y apoderadas de su corazón, sus dudas se mudan segun se mudan las pasiones, se aumentan, y se disminuyen, se eclipsan, y vuelven á parecer, observan siempre la misma variedad, y el mismo grado que sus pasiones; en una palabra, siguen el destino de ellas, porque en la realidad estas dudas son las pasiones mismas.

Y á la verdad, Católicos, porque nada se quede por decir en la memoria, y para acabar de daros á conocer el poco fundamento de la incredulidad de que tanto

os preciais, supongamos que respondais á todas las dificultades de un pecador que se alaba de ser incrédulo, que le reducís á no tener ya que replicar, no por eso se rinde, ni habeis adelantado cosa alguna con él; calla, como si aún tuviera razones mas convincentes, y como quien se desdeña de proponerlas: Manifiesta satisfaccion, y á todos los argumentos á que no puede responder opone un tono mysterioso y decisivo. Entonces os compadeceis de su locura y obstinacion, pero os engañais; compadeceos solamente de su vida libertina, y de su mala fé, porque si al salir de la disputa le acomete una enfermedad mortal, podeis ir á visitarle á la cama de su dolor, y hallareis convencido á ese falso incrédulo. Entonces cesan sus dudas, se acaban sus incertidumbres; se desvanece, y trastorna todo aquel deplorable aparato de incredulidad; ya no se trata de ésta; invoca al Dios de sus Padres; teme sus juicios, quando antes daba á entender que no los creía; el Ministro de Jesu-Christo que es llamado á su socorro no tiene necesidad de disputar con él para desengañarle de su impiedad; el mismo pecador que está para morir previene en este punto los cuidados de su ministerio; se averguenza de sus pasadas blasfemias, se arrepiente de ellas, confiesa su falsedad y mala fé, dá pública satisfaccion á la Magestad y á la verdad de la religion, ya no pide pruebas sino consuelos; esto no consiste en que la enfermedad le haya dado nuevas luces para conocer las verdades de la fé, ni en que el golpe que hiere su cuerpo haya aclarado las dudas de su espiritu, sino en que ya entra dentro de su corazon, en que se acaban sus desordenes, en una palabra, en que sus dudas estaban en sus pasiones, y todo lo que acaba con sus pasiones acaba al mismo tiempo con sus dudas.

Confieso que algunas veces se hallan pecadores que estienden su locura y su impiedad hasta este ultimo instante; y que vomitando con una alma impía blasfemias contra el Dios que vá á juzgarlos, no quieren cono-

cer-

cerle, porque, ¡oh Dios mio! Vos sois terrible en vuestros juicios, y permitís algunas veces que el impío muera en su impiedad; pero estos exemplos son raros, y vosotros mismos, Católicos, sabeis que apenas se halla en un siglo uno de estos horrendos espectáculos. Pero mirad en aquel ultimo instante á todos los demás que se habianpreciado de su incredulidad en la opinion de los hombres; mirad á un pecador moribundo, que hasta entonces habia parecido firme en la impiedad, y el mas resuelto de todos á no creer cosa alguna, como él mismo previene la proposicion que iban á hacerle de que recurra á los remedios de la Iglesia, levanta las manos al cielo, dá públicas y sincéras señales de una religion que nunca se habia borrado de lo íntimo de su alma, no desprecia como pueriles temores las amenazas y castigos de la vida futura; ¿pero qué digo? Este mismo pecador, que en otro tiempo se manifestaba tan firme y valeroso en la incredulidad, y tan superior á los temores vulgares, se halla entonces mas cobarde, mas tímido, y mas crédulo, que el alma mas simple; sus temores son mas excesivos, su religion mas supersticiosa, sus ejercicios de culto mas sencillos, mas vulgares, y mas extremados que los del pueblo ignorante; y como los excesos opuestos nunca distan mucho entre sí, en un instante se le vé pasar de la impiedad á la supersticion, de la firmeza de Filósofo á la cobardia del simple é ignorante.

Y en este estado quisiera yo llamar con Tertuliano al pecador que está para morir, y hacerle hablar en mi lugar contra la incredulidad; en este estado no querria yo, para honra de la religion de nuestros Padres, mas testigo de la cobardia y mala fé del impío, que á esta alma que está para espirar, y que no puede hablar otro idioma mas que el de la verdad. En este estado quisiera yo que se juntasen todos los incrédulos al rededor de la cama de su muerte, y para confundirlos con un testimonio que no puede serles sospechoso, decirle con Tertuliano; ó

al-

alma, antes que salgas de ese cuerpo terreno de que vas á separarte, permíteme que te llame aquí por testigo: *Consiste in medio anima.* Habla en este ultimo instante en que debes rendirte á la verdad, y no á la vanidad; dí-nos si miras á aquel Dios terrible, en cuyas manos vas á caer, como una fantasma con que se asusta á los espiritus cobardes y crédulos: Dínos, ¿ si al mismo tiempo que todo desaparece á tu vista, y quando para tí van á caer en la nada todas las criaturas, solamente Dios te parece inmortal, inmutable, supremo ser de los siglos, y de la eternidad, que llena el cielo y la tierra? Todos nosotros, á quienes miraste como á espiritus supersticiosos y vulgares, convenimos ahora en que seas Juez entre nosotros y la incredulidad, á la que siempre te has manifestado tan favorable: *A te testimonium flagitant Christiani, ab extranea adversus tuos.* Aunque hasta ahora te hayas portado como estraña respecto de la fé, y como enemiga de la religion, la religion apela á tí contra aquellos con quienes estuviste tan estrechamente unida por medio de los lazos de la impiedad: *A te testimonium flagitant Christiani, ab extranea adversus tuos.* Si todo muere contigo, ¿ por qué temes tanto la muerte? *¿ Cur in tantum times mortem, si nihil est tibi timendum post mortem?* ¿ Porque levantas las manos al cielo en accion de suplicar, si no crees que hay Dios que pueda compadecerse de tus gemidos, ni escuchar tus súplicas? Si estás persuadida á que eres nada, ¿ por qué desmientes la nada de tu ser, y temes las consecuencias de tu destino? *¿ Si nihil es ipsa, cur mentiris in te?* ¿ De qué provienen esos temores, y ese respeto al Sér Supremo en este ultimo instante? ¿ No habitaron siempre en tí del mismo modo? ¿ No tuviste engañado al público con una falsa obstentacion de impiedad? ¿ Hace la muerte mas que manifestar las disposiciones de fé y de religion que conservaste siempre durante tu vida? *A te testimonium flagitant Christiani, ab extranea adversus tuos.*

Sí,

Sí, Católicos, si pudieramos destruir las pasiones presto reduciríamos á todos los incrédulos; y la ultima razon con que acabo de demostrar esta verdad es, que el dar estos á entender que se rebelan contra la incomprehensibilidad de nuestros Mystérios, es solamente por llegar al punto que mas los mueve, y por impugnar las verdades contrarias á sus pasiones, esto es, la verdad de la otra vida, y la eternidad de las futuras penas. Este es siempre el fruto, y la principal conclusion de sus dudas.

Y á la verdad, si la religion solamente propusiera mysterios que exceden á la razon, sin añadir á ellos máximas y verdades opuestas á las pasiones, desde luego me atrevo á asegurar que serian raros los incrédulos, porque aquellas verdades ó errores puramente especulativos, que indiferentemente se pueden creer, ó negar, casi á ninguno interesan; pocos hombres hallareis tan apasionados de sola la verdad, que se declaren partidarios y celosos defensores de ciertos puntos puramente especulativos, y que no dicen relacion con los demás, solamente por tenerlos por verdaderos. Las verdades abstractas de las Matemáticas han hallado en nuestros dias algunos sectarios zelosos y dignos de estimacion, que se han dedicado á manifestar lo mas impenetrable de sus infinitos secretos, y los profundos abysmos de esta ciencia, pero estos sectarios han sido unos hombres raros y unicos; el contagio no era de temer en este caso, y así no se propagó; todos los admiran, pero nadie quiere tener el trabajo de imitarlos. Si la religion no propusiera mas que unas verdades tan abstractas, tan indiferentes á la felicidad de los sentidos, de tan poca importancia para las pasiones, y para el amor propio, aun serian mas raros los impios que los Matemáticos; nos oponemos á las verdades de la fé, porque nos amenazan; no nos oponemos á las demás, porque no tenemos interés en que sean ciertas ó falsas.

Y